

MI VIEJO AMIGO JEAN ARTHUR

Por Marco Antonio Campos
Facultad de Ciencias Políticas

— *Moi, moi que me se dit
mage ou ange. . .*
Rimbaud

1

Lo conocí, poco antes del pensamiento, en una geografía del caos que Monsieur Prudhomme no imaginó. Tenía una flama en el ojo y un tatuaje en el alma. Como era algo torpe tropezó en la estratósfera. Cuando tomó la escalera de la cábala, San Pedro y Pico della Mirandola le pegaron bajo el nombre. El viejo Miguel le abrió con la espada el hueso de la soberbia.

2

En sus tentativas de distancia logró defraudar a los gorriones. Orinó en todos los cuerpos, en la boca de su madre y en el meadero insoportable de la muerte. Destruyó a Dios con un vendaval de injurias desde los mazagrans y los bancos de los parques. Se alimentó de lujuria —magnífica, la lujuria— en el manzano de Verlaine.

Nos hicimos amigos una tarde de septiembre de 1871 mientras fumábamos haschix a unos metros de una comandancia en uno de los vastos quartiers de la gran ciudad, acompañados espléndidamente por dos policías borrachos y un inspector mudo de tabernas. No era humano, no era un dios, no era una bestia. Lo oí detestar, a santo de su rabia, la breve calavera de su clase media, la anciana imbecilidad y los Miércoles de Ceniza.

Después de agotar imágenes, maravillas y colores en la droga, nos perdimos en las calles hasta llegar a un cementerio tambaleante donde escribimos en cada tumba el peso indefinible del espíritu y los fragmentos de la nada. Excavamos, en un descuido de la antigüedad, la tumba del primer hombre que nos dio la muerte y esta paciencia de abuelo para soportarla. Los ojos de un mendigo que paseaba en aquel momento se llenaron de terror, mientras el Hijo del Sol, sentado, bebía una cerveza con nosotros. De Profundis Domine, ¡tu es la bête!

3

Charlestown wrote my name in the dust, in the cool graves. From these days on I wonder for my sin (my God), for the stupids rats running in my blood, for my love to the whores, and sometimes for me. But she answers: in the dust, in the cool graves.

No se supo en las listas del origen ni en la fe de bautizo del infierno si Satanás era su hermano o padre o era un compadre viejo. Pero yo leí en el Diario de Luzbel que en la Revolución de Octubre, cuando la masa de diablos tomó el poder, le arrebataron sus antiguos privilegios.

Lo encontré de nueva cuenta en Aden. Los camellos, entonces, escribían su biografía. Ya no rascaba el fondo y el desierto le había curtido las palabras y el alma. Su poesía no hablaba de gusanos, de curas y mendigos, sino se atareaba en deslindamientos, paralelos y distancias. Yo le hablé de mazagrans, de muertos crucificados, de pecados capitales, de miles de prostíbulos. Me ofreció, no la injuria, sino un remate de negros a buen precio que había comprado en la costa. Maldecí el arbrisseau de su familia.

Años después, cuando volví al Africa, me ofreció un decente empleo en una caravana; acepté. Partimos para Harar. Ahora, empero, se había vuelto desconfiado, miserable, absurdo. Guardaba cuidadosamente su oro en un pétreo cinturón. En todas partes veía su rostro, soñaba muertes, hallaba las alas del arcángel. Una turba del pueblo más infame y bárbaro del mundo —el árabe— asaltó la caravana en el desierto. Perdimos en la acción buena parte de la carga, una docena de camellos, dos putas maravillosas y una cámara fotográfica que había comprado en la Alsacia. Estaba rabioso, desconsolado. Su amante, una mulata suave de Abisinia, danzó en la noche, desnuda, para nosotros; la soñé en mi piel toda la noche. Fueron días enfermos, brutales. Nos embriagábamos hasta casi tocar las cavernas del sol y del gran caos. Y en el alba, mientras yo me perdía en el mar y el paraíso, Rimbaud efectuaba exactísimas cuentas de telas y marfil, de piel y oro.

Un día, borracho, mientras miraba caer a pedazos las estrellas, y como sintiéndome ajeno, me levanté y le escupí el rostro. Me golpeó a puñetazos. Sacó la pistola, y a sangre fría, me dijo en un francés mezclado de amara: “Es para mí, para ti, para todo el mundo.” Pero yo no estaba dispuesto a la ley de la selva en el desierto. Di el rápido y sigiloso salto de la bestia feroz y lo golpeé hasta agotarme. De inmediato, me apoderé de la mujer más bella y del camello más veloz de la caravana. Hui. Regresé al Muro de las Lamentaciones de mi patria; nunca lo volví a ver.

Supe que en Marsella a pesar de haber luchado a diestra y siniestra con la muerte, de haberla atacado, se enfundó un crucifijo y la esperanza al percatarse de que emigraría para una nueva lepra. Regresó, no con los miembros de hierro y la piel sombría, sino con la angustia en el lomo y un cáncer que le limpió cada hueso. Los sacramentos le mordían la frente, el pecho; fue un imbécil. El viento apagó pronto la vela.

Yo estaba por ese tiempo en Kentucky, casado, con tres hijos, con reumas y espejuelos, cuando volví a sentir feroces gusanos que pululaban en mis cabellos y en mis axilas y aún más gordos gusanos en el corazón. Vendí mi dignidad, mi granja y mi ad perpetuam y compré un negro y una barca.

Partí a Charleville.

Toqué en todas las casas, en todos los corazones. Pregunté por él a los pájaros, a los ciervos, a los siervos del buen hombre; nadie sabía de él. Un mendigo, que lloraba a lágrima viva en la Rue de Madeleine, me habló de la herencia de un joven de ojos azules y

mentalidad mezquina: harapos podridos, una racha de parásitos, y, sobre todo, mentira y pereza. Interrogué a los muertos, pero ellos también lo habían enterrado. Quise hablar con Dios; me fue negada la Audiencia. Hoy, a mi pesar, debo regresar a Kentucky porque dos infames copperheads se robaron mi esclavo.

8

Vengo bajando por la delgada calle que lleva al cementerio. El Meuse, los álamos del Meuse, y una mujer de sol, hablan calembour conmigo. Por más que trato, no puedo entender. No sé si aún tenga humanidad en la carne; me desprecio. Siento que algo falta en mi lengua y en mi vida; no, no creo que sea la muerte. Oh hermanos del mundo: rogad por él.

